



LAS SECUELAS DEL SILENCIO

Jean Garciant

LAS SECUELAS DEL SILENCIO



Primera edición: noviembre 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jean Garciant

© Jean Garciant: dibujo original de la portada.

ISBN: 978-84-10400-84-9

ISBN digital: 978-84-10400-85-6

Depósito legal: M-25481-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Françoise, por lo mucho que le debo, y por haberme animado a poner sobre papel lo que el olvido se hubiera encargado de borrar para siempre.
A Jean Raymond y Laurent.

ÍNDICE

ALABANZA DE ALDEA.....	11
Primera parte: La inocencia.....	17
I. EL ENTORNO.....	19
II. LOS MAYORES.....	31
III. LOS JÓVENES.....	39
IV. LA ESCUELA.....	49
Segunda parte: El hospicio.....	63
I. LLEGADA A VETUSTA.....	65
II. UN MUNDO INQUIETANTE.....	69
III. EL EXPOLIO Y EL ENJAMBRE DE HARPIÁS.....	77
IV. EL MEÓN: VÍCTIMA DE UNA HERMANA SIN CARIDAD.....	87
V. LA JAURÍA HUMANA.....	95
VI. LA PANDILLA.....	101
VII. GENEROSIDAD INESPERADA.....	107
VIII. QUIRÓPTERO.....	113
IX. ¡VENID Y VAMOS TODOS CON FLORES A JOSÉ MARÍA!.....	121
X. EN DONDE SE ENCIENDE LA MECHA CONTRA CHEMA.....	125
XI. NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA.....	133
XII. APNEA EN UN OCÉANO DE INCOMPENSIÓN.....	137
XIII. «CRIMEN Y CASTIGO».....	145
XIV. EL ARTE COMO REMEDIO.....	149
XV. LA DOBLE MUERTE DE MOISÉS.....	153
XVI. LA CARA ESCONDIDA DE LA LUNA.....	167
XVII. EL PRECIO DEL DESPRECIO.....	173
XVIII. LAS AMENAZAS SE CUMPLEN.....	177
XIX. ESLABONES DE FRÁGIL CADENA.....	183
XX. EL VIAJE INICIÁTICO.....	185

XXI. SOL Y SOMBRA	193
XXII. POR VOLUNTAD DIVINA.....	197
XXIII. LA LONJA: ESPEJO DEL ESFUERZO	203
XXIV. REGRESO AL REDIL	207
XXV. HONRARÁS A TU PADRE Y A TU MADRE.....	211
XXVI. FELIZ TRUEQUE.....	219
XXVII. METIDOS EN BELENES	227
XXVIII. QUERIDOS REYES MAGOS... ..	241
XXIX	243
XXX. EL SOCHANTRE DEL INFIERNO.....	249
XXXI. «ANTE EL AMOR Y LA MUERTE, DE NADA VALE SER FUERTE»	255
XXXII. A LAS PUERTAS DEL MAL COMIENZA EL BIEN	267
XXXIII. ÚLTIMAS VACACIONES EN CANDÁS Y TRISTE DESPEDIDA	271
XXXIV: «DE MIS SOLEDADES VENGO, MIS SOLEDADES VOY»	283
Tercera parte: El exilio	289
I. METAMORFOSIS.....	291
II. UN ÁNGEL DE CARNE Y HUESO.....	301
III. EL JARDÍN DE LAS DELICIAS Y SUS MORADORES.....	307
IV. EL COLOR DE LOS FONEMAS.....	319
V. DERROCHE ESPECULATIVO	329
VI. ALBORADA RISUEÑA.....	333
VII. UNIDOS ANTE LA ADVERSIDAD	345
VIII. LUCES CREPUSCULARES.....	355
IX.	385
X. POR ASTUTO QUE SEA EL JUEZ, LA INOCENCIA LE HARÁ PLEGAR	407
XI: CON EL TIEMPO, EL LAUREL MATA LA HIEDRA	419
XII: LA CIENCIA DEL MÉDICO DEPENDE DE LA RIQUEZA DEL PACIENTE.....	425
XIII. LA OTRA CARA DEL DESTINO	435
EPÍLOGO	439

ALABANZA DE ALDEA

José nació a más de treinta kilómetros por hora, en un viejo vagón destartado, de crujiente y mugrienta madera.

Su nacimiento tuvo lugar en 194., tiempos de posguerra. Tiempos amortajados por la invisible tela de la austeridad y del silencio consecutivos a las atrocidades bélicas. Los viajeros, tristes y meditativos, somnolaban sumidos en un vaho de soledad que les permitía substraerse a las angustias que cobijaban en sus almas doloridas, consecutivamente a los estragos ocasionados por la Guerra Civil.

Aquel día, con el estremecimiento y rítmico runrún de los vagones, al embrionario pasajero le dieron ganas de asomarme a la existencia, con un poco de antelación, para ver lo que le aguardaba en aquel reducido espacio que los ocupantes se habían apropiado por espacio de algunas horas y que, no obstante el billete que oficializaba el asiento ocupado por cada uno, se vieron obligados a largarse con viento fresco, tras las solícitas palabras de una comadrona que afortunadamente se hallaba dos compartimentos más atrás cuando comenzaron las contracciones que tanto respeto suscitan, incluso a los espíritus más llanos y vulgares.

Gracias a la destreza y experiencia de la partera, el candidato a la vida pudo por fin comenzar a pugnar por su entrada en la vasta estación del mundo.

Tras el parto, el recién nacido entró de lleno en un palacio de ensueños, aclamado por un enjambre de almas caritativas que le recibieron con el sencillo protocolo reservado a las sangres azules. Lloró, por condescendencia, ateniéndose a la tradición, y porque

el aire corrupto, cuajado de miasmas a causa del gentío que se abarrotaba en el crujiente vagón, le abrasó súbitamente los pulmones, y, pese a no poder disfrutar del sentido del oído (privilegio de los recién nacidos y de los ancianos que se pasan de las sandeces de los loros, periquitos y charlatanes), el estruendo con el que se acogió la buena nueva le sacudió hasta las lágrimas.

Una mueca peregrina le valió copiosas risitas y las rituales sandeces con las que la gente, por condescendencia y exceso de humanismo, suele obsequiar a los bebés con una sarta de onomatopeyas, como si se dirigiera a un marciano o a un animal de compañía. «¡Qué guapo! ¡Qué monada! ¡Vaya lo que se parece a su papá! ¡Y a su mamá... no digamos!».

¡Que siempre conviene quedar bien, incluso en los ratos más apremiantes y comprometedores! Los rebaños y trolepes humanos se singularizan por sus desaforados comportamientos, a imagen de los borregos de Panurgo.

Los toscos viajeros le dieron, en concierto de querubines roncocos y asmáticos, la bienvenida al edénico valle de lágrimas en donde, desde el primer respiro, el recién nacido presintió la tragedia del destino que le aguardaba.

Fue el nacimiento de José, en circunstancias tan peculiares, un evento premonitorio. Sus pobres genitores, rastreando trabajo, por tierras tan poco afortunadas como ellos, habían emprendido el viaje que les habría de llevar a la bonanza, por los vastos campos de León, hasta la capital, con su Panteón de Reyes, San Isidoro y la magnífica Catedral.

Desgraciadamente, en aquellas circunstancias (poco propicias al enriquecimiento del espíritu), lo primero que tuvieron que visitar sus padres no fueron los icónicos monumentos de la ciudad sino el hospicio que, por muy cargado de historia que estuviera y por muy ricas que aparentaran sus espléndidas fachadas, desempeñaba glotonamente su papel de papamoscas ya que, hacia él, convergían incipientes vidas indeseadas de accidentes de amor, víctimas de tragedias y huérfanos de ilusión.

En el laberíntico dédalo de sus arquitecturas cimbreantes, reinaba un laborioso enjambre de hermanitas de la caridad que, con sus preciosos trinos de picazas enlutadas, atendieron a la parturienta y a su vástago con incomparable esmero y abnegación. En cuanto franquearon las puertas del hermoso edificio, todas las siervas del Señor les agasajaron con haces de sonrisas. Justificaron, al unísono, su divina apelación, mostrándose generosas en florilegios y naderías. Que las promesas son las trampas en las que solo caen los bobos.

Fue el niño acogido como un alma en el cielo, y, puesto que hacía frío por la fina capa de nieve que cubría, aquella mañana, las calles de la ciudad, las caritativas damas le abrigaron con tanta profusión de ropa que, de no haber llegado a tiempo el varón genitor para cerciorarse de que el niño dormía como un ángel, se hubiera muerto asfixiado.

¡A veces el exceso de compasión mata!

Dos días después de su entrada triunfante en la morada de las siervas del Señor, en medio del consabido entusiasmo monjil, fue el niño bautizado por el señor cura párroco del hospicio.

Púsole el apacentador de almas por nombre José Ramón. Dijo a la asamblea que el primero se imponía naturalmente ya que el niño había entrado en la vida tan humilde como José a su llegada a Belén. Irónicamente, comparó el hospicio con el consabido pesebre. El segundo nombre —insistió— era el que mayor impacto habría de tener sobre el recién nacido. Les contó la hermosa leyenda de San Ramón Nonato e insistió sobre las trágicas circunstancias consecutivas al parto. Por ventura la madre de José no quiso seguir el ejemplo de la del santo varón de Dios. Al contrario, se obstinó en sobrevivir para bien del fruto de sus entrañas y el resto de la familia.

El autoritarismo con el que el cura inscribió al niño en el patrimonio de la iglesia, bajo un nombre de tanto peso semántico (que al parecer le dieron al santo por sobrenombre Nonato, lo que, traducido al castellano, viene a ser «no nacido»), le pareció excesivo

al padre biológico, ya que su vástago gozó de la suerte de afianzarse a la vida y del privilegio de conservar a quién se la diera. Pero, por temor a la autoridad eclesiástica, César (que tal era el nombre del padre) guardó para sus adentros la indignación que le acosaba aunque, varias veces, estuvo a punto de reprocharle al religioso su excesivo charlatanismo y desmesurada convicción.

Una tarde, después de vísperas, mientras los menesterosos merendaban en el refectorio, César fue instado por el conclave monjil a que les contara sus andanzas por el mundo. Querían saber con qué tipo de hombre tenían que ver ya que era frecuente que, bajo una actitud harto discreta y meritoria, se escondiera un sinvergüenza capaz de las peores villanías. La comunidad había sido, en varias ocasiones, víctima de robos y acosos a la virtud.

Conforme a su propensión a explayarse con la buena gente, César no se hizo de rogar y, dando libre curso a su natural instinto de contador sin igual, les relató cómo los buenos falangistas del pueblo (vecinos que conocía desde toda la vida, y con los que había hecho novillos en la escuela) le habían expoliado de sus bienes muebles e inmuebles. Les detalló los pormenores del escarnio al que habían sometido a su madre y tía. Les relató su huida, dejando claro que por haber sido catalogado en tanto que abanderado a las ideas subversivas propaladas por los socialistas, comunistas y anarquistas, los fieles partidarios de Franco le habían dejado en cueros a él y a todos los suyos. Hizo un retrato muy lastimero de su pobre madre y de su tía. Insistió sobre el arte que tuvieron sus verdugos para alzarse con el patrimonio de su familia.

Las santas religiosas vieron en aquel ser, que se ufanaba de agnóstico, y, de rebote, anarquista, un posible enemigo de la paz que en aquel recinto reinaba. Temiendo que, por su propensión a jamás abdicar ante sus enemigos y a decir cuatro verdades a todo quisque, podía resultar harto peligroso, le dieron tres días (¡ni uno más! para que reuniera lo indispensable en el fardel y que pusiera pies en pólvora...

Su confesión había sembrado confusión en los estrechos cerebros del auditorio. La mayoría de las religiosas vislumbró, en el detallado discurso del forastero, la sabia mortífera de un adepto del maligno. Presintiendo que su presencia en la casa de Dios no tardaría en dañar y sembrar odio y cizaña entre las apacibles moradoras y pervertir a las almas más endebles (que siempre se apiadan de quien sabe embelecar), decidieron consultar al celador espiritual de la congregación, pidiéndole que las aconsejara sobre las urgentes medidas que reclamaba la situación. El párroco se mostró intransigente e insistió sobre la urgencia de poner al trío menesteroso de patitas en la calle. Al cabo de una semana de presencia en el hospicio del satánico inquilino, una voz anónima, hablando en nombre de la santa comunidad, le susurró al oído que, en este mundo, todo tiene límites, sobre todo, la caridad que se practica con calculadora. Focílides de Mileto dejó claro, en una de sus sentencias, que: «Hay que echar una mano al que cae». Pero las almas caritativas, refugiadas bajo sayales que denunciaban caridad a gritos, interpretaron al altruista a su antojo, comprendiendo implícitamente que: «Si se debe caer con él, mejor que se caiga solo, que más conviene salvar una vida que condenar dos por exceso de amor».

Solos, sin saber qué rumbo tomar, con el recién nacido en el regazo de la mamá, una hermanita de año y medio en brazos del infeliz varón y el poco de dinero que les dieron las monjas, tomaron el expreso Madrid-Gijón y se perdieron en el inextricable laberinto de la vida, hasta que el azar los hizo despertar en un pueblecito encantador, llamado Besullo, en las altas montañas del occidente astur.

PRIMERA PARTE:
LA INOCENCIA

I. EL ENTORNO

De aquellos años solo quedan las ascuas del recuerdo que el transcurso del tiempo no ha logrado apagar.

Rastreando concienzudamente lo poco que aún queda en su mente de tan remotos recuerdos, lo primero que le viene a la mente a José Ramón son los lugares imborrables en los que se fueron incrementando cada uno de sus sentidos y alimentando sus sueños y esperanzas.

Cuando se le abrieron los ojos de la consciencia para impregnarse, por primera vez, de las sensaciones e impresiones de todo cuanto le circundaba, pudo abarcar la hondura de la pobreza en la que se anegaban sus padres. Pero, como dio a entender a sus íntimos amigos, en lo que sería, años después, su mundo carcelario, sus padres eran ricos por dentro aunque escandalosamente pobres en el lodazal de los vivos. Su riqueza residía en su honestidad, en el amor que profesaban a sus hijos y en las esperanzas de un mundo mejor.

Las cuatro paredes de lo que pretendía ser casa, eran de cantos sin aristas, groseramente amalgamados entre sí por una argamasa de cemento y cal. La hiedra le había cosido un jersey vegetal que le quedaba de maravilla. Con el correr de los años, dicha chabola había cobrado un aspecto poroso y corroído de cuerpo leproso. Aquel primer nido se emparentaba más con las rudimentarias casas célticas de castros milenarios que con las actuales, por su tosco trazado y grosera apariencia.

La única ventana por la que hubieran podido filtrarse aire y luz natural, carecía de cristales. César la había colmatado con retazos

de cartones y tablas que vibraban al ritmo de las tempestades. Por ella se colaban, como cuchillos invisibles, los suspiros del viento invernal que sacudían y zaherían los pobres cuerpos hambrientos que allí se arrinconaban hasta hacerlos llorar. La sempiterna ausencia de luz confería, a la indefinible estancia, un ambiente de antro inhospitalario, reservado a las fieras.

¡Ni cocina! ¡Ni tan siquiera un simulacro de tabique que indicara un intento de habitación! Nada más que, en el muro del fondo, frente a la entrada, un enorme horno de pan que la rústica dueña llenaba con leña seca el día en que amasaba. Era aquel día el más ansiado de todos cuando los rigores del invierno hacían teclar los dientes de los moradores, acurrucados en torno a un fuego perezoso y tembloroso, cebado con leña verde que, en vez de arder, ahumaba toda la pieza, haciendo desaparecer todo cuanto en ella se concentraba, particularmente los miembros de la familia que tosían y lloraban de frío, de pena y de miedo.

El primitivismo en el que se despertaba José no auspiciaba nada bueno. Había algo premonitorio; una desesperante predestinación. Una prefiguración del calvario venidero.

Besullo se ubica sobre un pequeño promontorio, abrazado estrechamente por los riachuelos Veigas y Arlanza. Por la soledad que le circunda, bien hubiera podido servir de cuna a algún monasterio de monjes enemistados con el resto de la humanidad. Un remanso de paz predestinado a la contemplación, al recogimiento y a la dicha de disfrutar de la cornucopia divina siempre y cuando hubiera en la despensa con qué satisfacer los vientres.

Son sendos riachuelos de aguas cristalinas en las que los niños solían jugar, en cuanto salían de la escuela, si el tiempo se lo permitía así como sus padres.

De ambos ríos, el que más apreciaban los mozalbetes era el de las Veigas que, aunque fuera menos misterioso, siempre bajaba algo más caudaloso y bravío.

El otro, por manar entre escarpadas vertientes, vestidas por frondosos castaños y hayedos, pertenecía al mundo marginal de los cuentos estremecedores, en los que reinaban manadas de lobos hambrientos que permanecían al acecho y que hacían temblar de horror a los pequeños pueblerinos.

Para colmo, el cementerio se escondía a escasos metros de su orilla, de manera que, con el murmullo de las aguas, se incrementaba la sensación de terror y muerte que llenaba los parajes. Ninguno de los pequeños se atrevía a aventurarse solo por entre su misterioso regazo. Los únicos que se sustraían a la regla eran los arrieros cuyas mulas se encaminaban hacia el molino, cargadas con sacos de trigo o de maíz.

Cuando la inconsciencia conducía a los niños hasta las márgenes del Veigas, hacían alarde de habilidad y destreza, construyendo barquitos con cortezas y ramas de avellano que entregaban a la corriente para que la fuerza del agua los pusiera en movimiento. Los observaban babeando de ilusión, hasta que desaparecían entre peñascos y remolinos.

Otro de los espectáculos que más avivaban los sentidos del pequeño José eran las truchas que abundaban en los remansos del río, y de las que a veces le llegaba el eco de alguna de tamaño inhabitual. En numerosas ocasiones José oyó a los hábiles pescadores rendir justo homenaje a su sabrosa carne. Por suerte, cuando la pesca era abundante, si el pescador era generoso, solía ofrecer, a los padres de José, media docena de sus hermosas presas.

En aquellas aguas transparentes y frías, cuando el azar le conducía a orillas del Veigas, José seguía con la mirada, las serpentinadas ondulaciones de las numerosas culebras de agua que cohabitaban con los elogiados peces.

Le sorprendía que ninguno de los niños con los que solía bajar al río tuviera miedo. Al contrario, casi todos corrían hacia el riachuelo para contemplarlas desde el puente de madera sin pretil que podían saltar a pies juntillas.

¡Los juegos de adultos no existirían si no encerraran en sí suficiente maldad!

Durante la siega del pradón, mismísimamente a la otra orilla del río, a la derecha del puente, a finales de junio o primeros de julio de 1950, los afanosos segadores descubrieron y mataron, no lejos de su madriguera, un monstruoso culebrón, jamás visto por ninguno de los moradores de Besullo hasta entonces, pero que tanto miedo les había metido a los niños, ya que se barruntaba su existencia sin que ninguna lengua fidedigna fuera capaz de aportar datos precisos sobre el prodigioso animal y, aún menos, sobre su guarida.

Es verdad que se hablaba de su descomunal dimensión, lo que bastaba para despertar, en las mentes de los pequeños, miedos inconfesables y especulaciones fantasmagóricas.

El cuerpo del pobre reptil, abandonado a la vera del río, permaneció, entre las altas hierbas, hasta que el tiempo, los gusanos y las alimañas acabaron con él.

A José Ramón le daban respingos al acercarse al lugar en donde se descomponía el espléndido reptil, pero la curiosidad era más fuerte que el recelo.

Lo sorprendente era que lo hubieran matado cerca de la presa, a escasos metros de donde solían bañarse los peques y que ninguno de ellos lo hubiera visto hasta entonces.

El bestiario que perdura en la mente de José, y que resume todo lo relacionado con el entorno natural en el que transcurría la apacible vida campesina, se le antoja (ahora que lo mira con el escepticismo y gravedad austera de los adultos), vinculado a la imaginación de los canteros y escultores medievales que plasmaron, en la piedra de los monumentos erigidos por el fervor religioso, todas las horripilantes metáforas del infierno. En el porche de la iglesia parroquial se podían verificar dichas aseveraciones.

La fascinación que ejercían, sobre los espíritus lugareños, las alimañas que poblaban el entorno había dado nacimiento a numerosas leyendas en las que lobos y osos desempeñaban un papel preponderante en la chismografía pueblerina, aunque el hombre siempre se saliese con la suya en todos los enfrentamientos con ellos. Sabido es que ninguna alimaña, por muy astuta y cruenta que parezca, puede rivalizar en crueldad, astucia y belicismo visceral con la maldad que el ser humano hereda en sus genes desde su llegada a este maravilloso valle de lágrimas.

Llegaban, después de la siega, a mediados de agosto, las celebradas fiestas pueblerinas a las que acudía, con singular júbilo, la mayoría del vecindario de los poblachos diseminados en medio de una naturaleza aún perteneciente al primitivismo más remoto. Eran tiempos festivos, cuajados de tímidas blasfemias y devociones fosilizadas en las comisuras de los labios. Un mundo añejo, salpicado de devociones anticuadas a santos hipotéticos. ¡Lo importante era endulzar la amargura cotidiana!

Durante la procesión, cuando religiosamente, en dos hileras, con el barroquismo de los estandartes que ostentaban los niños, y en los que se brindaban, al gentío, imágenes cargadas de misticismo y transcendencia barata, todo el vecindario se sentía solidario. Era sencillamente conmovedor ver la larga comitiva, que seguía el hilo imaginario de la fe, serpenteando, abigarrada, por el estrecho sendero que se deslizaba, cuesta abajo, en dirección a la diminuta capilla epónima del río, centro y alma de los festejos tan ansiosos por los mozos y mozas que aguardaban la ocasión para cargar las pilas para el resto del año, puesto que las rudas exigencias de la vida no daban para más.

Después del rito religioso llegaba el jolgorio matizado con escombros de timidez y recatos inconfesables.

Poder estrechar, el tiempo que duraba un paso doble, a una de las rollizas y sanas aldeanas que olían a estiércol, sudor y olvido, era semejante a degustar un manjar exquisito del que solo se había barruntado la existencia bajo repelente envoltorio.

Muchísimos años han pasado, y, al emprender el mismo viaje hacia la llamada capilla de la Virgen de las Veigas, José ha podido observar de cerca, sin vendas en los ojos ni miedo a las llamas del infierno, la tosca silueta de la tal Señora, llena de gracia, hecha con trazos humanoides y vestida con harapos de gitana. ¡Cuántos escarnios y deslices debía aguantar aquella estatua, bajo la tiránica elucubración de sus devotos!

Tenía algo de muñeca corroída por el tiempo y por la indiferencia con la que era tratada el resto del año. Allí permanecía abandonada, en el sobrio altar, como mero despojo de muerto sin nombre, presa de la polilla y del moho. Dicha muñeca, carcomida por el tiempo, había perdido el color rosado de las de porcelana y escondía su miseria bajo un sayal descolorido. Los dedos expertos de las amas de casa le confeccionaban atuendos que bien pudieran cubrir cuerpos de recién nacidos. Los retales menos lucidos y desdeñados por las jóvenes cobraban, bajo las manos expertas de modistas —Penélopes sin Ulises— diseños anticuados de tiempos de la Maricastaña. ¡Y todo aquel derroche para engalanar el escalofriante muñeco de pantomima religiosa con un manto azul celeste!

El profano que no entiende de retazos del corazón no sabría descifrar la jeroglífica muestra de piedad que encerraba, en su tosca talla, aquella estatua cenicienta, a la que se continúa venerando al igual que la que preside en la Cueva de Covadonga.

Empero, para una buena conciencia, la hermosura de la Virgen solo se ha de buscar en el corazón de los hombres por las vías de la fe. En lo más recóndito del ser humano se halla el único altar en el que se exhiben las reliquias más sinceras y dignas de fervor.

En cuanto llegaba la primavera, la naturaleza se apresuraba para disfrutar de los días de sol con los que contaba para vestir de flores los campos y hartarlos de simiente. Los colores estallaban por doquier, confiriendo al entorno, luz, belleza y derroche de armonías.

Una vez que la tierra comenzaba a despojarse de su espesa co-
raza nívea, comenzaban las urgentes faenas campesinas. La vida
cobraba entonces un cariz de urgencias ininterrumpidas.

Había que preparar, sin demora, las sementeras para la siembra.
El pueblo entero se afanaba, ayudándose los unos a los otros, sin
cálculo ni aprensiones.

Para incrementar la rentabilidad, se requerían las manos de los
niños, incluso de los menos capaces de asumir alguna que otra
faena.

Fue así como, a partir de sus cuatro añitos, José se vio liando
gavillas o acarreando manojos de paja o de heno hacia los pesados
carros de las mansiones más afortunadas.

¡Había cierto orgullo de poder echar una mano a los mayores!

No obstante, en ciertas ocasiones, los jóvenes, rebosantes de
vigor y de salud, que se afanaban, a la par de sus padres, y que nada
tenían que envidiar a los de las grandes capitales en materia de
ruindad y picardía, buscaban el momento propicio para urdir sus
fechorías, que casi siempre acababan en enfados y rencillas. Cosas
de críos.

Como es sabido, en tiempos de la siega, se acarreaba el heno en
pesados carruajes, tirados por yuntas de bueyes, hacia los pajares
que, generalmente, se hallaban en los desvanes de las casas sirvien-
do por ende de aislamiento contra los rigores del invierno.

Una mañana de las que solían transcurrir sin novedad, cuando
las faenas enajenaban las conciencias de todo referente a la disi-
pación y a la pereza, uno de esos golfos (¡tan simpáticos como
aborrecidos en tales circunstancias!), que se hallaba en el des-
ván de casa de Fermín colocando el heno que le presentaban los
obreros desde el carro, por medio de horcas, sintiendo ganas de
orinar, se alivió sin precaverse sobre los que izaban los manojos
desde el carruaje. A su grosera picardía había añadido una son-
risa guasona en la que se destilaba todo el desprecio del que era
capaz. Tan acostumbrado estaba a que sus desafueros y libertina-
jes fueran celebrados por sus mayores que creyó que aquello se

recibiría como agua de abril o sol de mayo. Pensaba que todo le estaba permitido.

No obstante, esta vez todo se le complicó ya que, al sentir las primeras gotas, uno de los braceros, que tenía un genio como un demonio, consciente de que el tiempo era lo suficientemente clemente para que, de repente, se pusiera a llover, se enfureció, y, poniendo, en su voz, tintes de cólera, amenazó con subir al desván para soplarle los mocos y quitarle las ganas, al mamarracho, de mear sobre la gente.

—¡So guarro! ¡Aguarda que suba, cabrón!

Pero el gracioso regadero, lejos de enmendarse, abrió, con mayor chorro, las compuertas de su sorna haciendo que el duchado se pusiera francamente furioso:

—¡Me cago en la madre que te parió! ¡Te voy a romper la crisma, sinvergüenzón! —dijo, apretando la quijada para dar mayor impacto a sus palabrejas.

Viéndolo salir disparado en búsqueda de una escalera, el joven perdió súbitamente la sonrisa con la que se había hecho perdonar por los otros trabajadores, y, para ponerse a salvo de la tormenta que amenazaba, optó por esconderse bajo el heno, en el lugar más oscuro del pajar, seguro de que allí nadie daría con él.

Apagó lo más que pudo la respiración, y, a pesar del miedo que le sacudía, trató de hallar la inmovilidad requerida por la delicada situación en la que se había metido por atrevido e indecente.

El ofendido, como prometido, subió sigilosamente para sorprender al joven mamarracho y limpiarle los morros. Hubo un momento de expectativa, durante el cual, los que seguían la escena desde el exterior, habiendo interrumpido su trabajo, procuraban descifrar, en el silencio que se había abatido sobre el oscuro pajar, las dramáticas consecuencias del azaroso encuentro entre presa y predador.

La infructuosa búsqueda se prolongó demasiado hasta que el malhumorado duchado, harto de esperar el momento de comen-

zar a repartir las tortas prometidas, comenzó a deslizarse escaleras abajo, con el ceño fruncido de perro que no ha sabido olfatear su presa.

—¡No sé en dónde cojones se habrá escondido pero nadie le libraré de la tunda que le espera! —dijo, alzando la voz para que el jovenzuelo le oyera, al tiempo que emprendía el descenso.

Fue el momento escogido por la señora Vicenta, para invitar a los trabajadores a compartir las bebidas frescas y las viandas que había preparado con esmero durante la larga y penosa tarea del almacenamiento del heno en el consabido pajar.

Con voz de trueno, la anfitriona llamó reiteradamente a los trabajadores, instándoles a que acudieran sin tardanza. Luego, se asomó a la puerta para convidar al chaval a que se juntara a los demás, afirmándole que ya no tenía nada que temer, que el fogoso terremoto ya se había extinguido.

Todos se congregaron en torno a la mesa, mostrándose joviales y hambrientos y compartiendo viandas, anécdotas e historias añejas de celebradas fechorías que hacían eco a la aún no acabada travesura.

Poco después de haberse iniciado el festín, Lino, tío del mozallete enterrado vivo en el heno, comenzó a impacientarse ya que, entre bromas, bocados y sonrisas, el tiempo corría y no se percibía ningún signo que traicionara la presencia del juguetero.

Las consabidas risitas con las que los comensales celebraban el banal suceso presagiaban un desenlace feliz, en el que, tanto el golfillo como su víctima acabarían por saldar un pacto que pondría término al juego del escondite.

Como ocurre frecuentemente cuando, en medio de una excelente camaradería, cae una gota del veneno que contienen ciertos corazones parcos en altruismo, el aún resabido vecino de los de Fermín dejó caer un juramento antes de afirmar:

—¡Este cabrón seguro que se ha quedado dormido bajo el heno, para que se me acuse a mí de haberle propinado la paliza que tan merecida se tenía!

Sin decir esta boca es mía, movido por un presentimiento, salió del comedor, como si hubiera sido picado por un alacrán, tomó la escalera, y, de nuevo, con la rapidez del rayo, subió al desván, inspeccionó detenidamente cada rincón, palpando el heno seco y aguzando el oído para detectar un átomo de vida en aquel inmenso nido.

Pero, al ver que no se percibía nada que traicionase la presencia del rapaz, llamó a los comensales para que le prestaran una mano porque: —Este desgraciado nos reserva una tremenda sorpresa. ¡Ya lo veréis!

Acto seguido, uno tras otro, los que inicialmente se habían entregado al juego del rastreo, se pusieron en búsqueda del desaparecido, muy preocupados por el prolongado silencio.

Por fin, un muchacho, perdido en una esquina del granero, profirió un grito que se le estranguló en la garganta, haciendo entender que había encontrado a su amigo.

Hubo un movimiento colectivo en dirección hacia el lugar de donde había surgido la voz, y, sin dudarle un instante, las manos ansiosas de todos cuantos se agrupaban en el vasto pajar se pusieron a quitar el enorme manto de heno con el que el infeliz Armandó se había amurallado, en su deseo de protección contra la zurra prometida.

Como en aquel polvoriento y oscuro lugar resultaba harto difícil comprobar el estado en el que se hallaba, se decidió bajarle al comedor para asistirle más cómodamente si fuera menester.

Uno de los que presenciaban la insólita escena se puso irónicamente a comentar aquel descenso de calvario gótico al ver cómo deslizaban, escalera abajo, un cuerpo inánime que, según rezaba el irrespetuoso comentarista, se le antojaba un viejo Cristo desclavado y olvidado en un rincón de sacristía de iglesia derruida que rastreadores sacaban al descampado para llevárselo al rastro.

Había efectivamente un patetismo mesiánico en aquel torso

desnudo y de tez amarillenta, en la que se habían cuajado minúsculas gotas de sudor; de un sudor producido por el miedo y el calor que, ahora, más bien parecían gotas petrificadas. En cuanto depositaron el cuerpo en el comedor se oyó una sinfonía de exclamaciones con las que quedaba claro el susto de los dueños de casa y sus braceros.

A pesar de sus escasos años, al ver aquella insólita escena, a José le vino al espíritu una imagen piadosa que, según supo después, consultando una enciclopedia de arte hallada en la biblioteca de los de F. (protestantes de la iglesia anglicana, colmados catadores de cultura universal y de los que se precavían las almas católicas, anegadas en el fango de la ignorancia requerida por la iglesia que condenaba los libros no avalados por el perentorio nihil obstat) había sido obra del gran pintor Pedro Pablo Rubens y cuyo título era: *Descendimiento de la Cruz*.

Al cabo de mil esfuerzos y esmeradas atenciones, el gazapo fue trasladado del comedor a la terraza en donde lo tumbaron boca arriba, sobre las frías baldosas, hasta que la boca experta de la curandera arremangada, después de haberle tapado las fosas nasales con el pulgar e índice de la mano derecha y tratando de tirar, al mismo tiempo, del mentón con la otra mano, para abrirle la boca, hinchó de aire el fuelle de sus descomunales pulmones, y, dándole un beso de fuego, le vació, con saña, una fuerte exhalación huracanada, repitiendo varias veces la operación con visible optimismo hasta que los ojos revulsivos del revoltoso trataron de clavarse en el entorno para henchirse de sensaciones recobradas, y, al mismo tiempo, buscando, en los rostros que le fusilaban con miradas interrogativas, un lastre de realidad en el que anclar su inquietud de resucitado.

Todos cuantos se congregaban en torno al cadavérico cuerpo tuvieron la agradable sensación de haber asistido, en directo, a un auténtico milagro. Principalmente José, cuya candidez atribuyó di-

cho prodigio a una autentica emanación de la potestad divina.

La superdotada curandera, con sus desbordantes mañas, arrancó suspiros y exclamaciones de admiración cuando logró reanimar al travieso mozalbete.

Al cabo de un rato, los que se habían congregado en torno al émulo de Lázaro se fueron dispersando entre suspiros y risas. Desgraciadamente, un mal nunca llega solo.

Poco tiempo después de tan comentada proeza (según recuerda José; era día de feria), ya muy entrada la noche, cuando el resucitado Armando se disponía a regresar de Besullo al diminuto caserío de Loutrello, de donde era oriundo, al pasar cerca de un corral, se espantaron las gallinas, y, con su cacofónico cacareo, la espantadiza mula del joven se encabritó, haciéndole caer violentamente.

Por desgracia, un pie se le quedó preso del estribo, y fue así como el infeliz perdió la vida, irremediablemente arrastrado por el animal al galope, haciéndole estallar las sienes contra los guijarros y peñascos del camino.

Al día siguiente, muy de madrugada, dos lavanderas que bajaban al Veigas encontraron el cadáver, cerca del río. Les resultó difícil identificarlo por lo desfigurado que estaba. Solo fue posible ponerle nombre al encontrar al jumento, a la vera del riachuelo, a dos pasos del diminuto puente de madera.

En toda la comarca, se dice, de manera poco respetuosa, que los viajeros que emprenden «el camino verde, camino verde que va a la ermita... de las Veigas» oyen, al atardecer, como murmuradas, ciertas picardías y burlas que Armando dejó selladas en las piedras que le arrebataron las sienes y quebrantaron sus vigorosos miembros, emparentándolo con el pelele de Goya, manteado por la muerte.